

Prólogo

Vuelvo a La Gomera y lo hago con la misma ilusión que hace ya casi cuarenta años, cuando la descubrí por primera vez. Entonces era estudiante de Biología, compañero y amigo de Manuel Fernández Galván, quien me invitó y acogió en la casa familiar de El Calvario, por aquella época situada en las afueras de “La Villa”, nombre común de San Sebastián de La Gomera y cuyo uso sigue siendo todavía habitual entre los gomeros.

La oportunidad me brindó la ocasión de conocer La Gomera, una isla a la que desde mi infancia en Villa de Mazo (La Palma) adivinaba llena de magia, cuando en los días más claros del año, al caer la tarde, se vislumbraba su atormentada orografía presidida por el tagoror inconfundible de la Fortaleza de Chipude, recortada sobre la silueta de la meseta insular. Esos días la isla parecía al alcance de la mano, quimera desvanecida por el mar que todo lo aleja, imprimiendo carácter al alma isleña.

Contemplar de cerca la inmensidad de los barrancos gomeros, acrecentó el encanto de mis fabulaciones de infancia, hasta el extremo de llegar a confundir la imaginación con la realidad, la emoción de los recuerdos con el realismo impresionista del paisaje gomero. Me ocurrió lo mismo la primera vez que subí a Las Cañadas en Tenerife, admirado por la majestuosidad de la inmensa mole del Teide, cuya silueta nevada sobre el horizonte también había alimentado mis sueños infantiles, cuando el mundo está por descubrir y casi todo se imagina.

Recuerdo como me sorprendió la ausencia de conos volcánicos y de malpaíses. En La Gomera no había “montañas”, sólo barrancos... y roques. Cómo me impresionó el conjunto armonioso de Agando, Ojila y La Zarcita, contemplados desde las cañadas de Aguajilva. Entonces no existía la actual carretera que pasa por sus inmediaciones y la lejanía acrecentaba la leyenda de su inaccesibilidad, despertando mi curiosidad botánica. Imaginaba en sus grietas raros endemismos desconocidos, tal como posteriormente se ha encargado de desvelar la ciencia.

Mi primera visita a La Gomera no podía concluir sin ver su afamado monteverde, que tal vez por haberme criado prácticamente en su seno no despertaba demasiado mi curiosidad. Sí, ya se que en La Palma hay mucho monte, pero El Cedro es otra cosa, me repetía mi amigo Manolo o “Manolin”, como familiarmente se le conoce entre los allegados. Cuando veas El Cedro, conocerás de verdad la laurisilva canaria, atizando mi curiosidad y de paso hiriendo un poquito mi orgullo palmero.

Llegó el día: desde La Carbonera cruzamos la cuenca de El Rejo sobre el pueblo de Hermigua y, tras la enigmática oscuridad del túnel asociado al canal, llegamos a El Cedro. Más que la frondosidad del manto forestal, que imaginaba, me impactó la talla de los árboles, particularmente el porte de los viejos viñáticos rodeados de chupones, que efectivamente achicaron la imagen del monte palmero, en general más joven y peor maltratado por la acción secular del hacha,

incluso en lugares tan emblemáticos como el Barranco de Los Tilos o el Cubo de La Galga. A pesar de estar avanzada la primavera, también me impresionó el caudal de agua clara que discurría por el barranco a la altura de Las Mimbreras.

Confesé mi asombro, sobre todo al aclararme mi amigo anfitrión, crecido hasta la satisfacción, que aquello sólo era una pequeña muestra de la laurisilva gomera. Sobre un mapa, de forma grosera, me delimitó la magnitud de la masa forestal, que de forma prácticamente continua cubría el casquete central de la isla, con dos apéndices laterales sobre Inchereda, al este, y Teselinde al oeste. Prácticamente el mismo territorio que más tarde sería declarado como Parque Nacional de Garajonay, opción que entonces ni se imaginaba; como tampoco que él llegaría a ser presidente del Patronato, y menos aún el que yo iba a estar vinculado a ese órgano de forma casi permanente durante los 25 años que lleva de existencia.

Las descritas son vivencias de hace apenas cuatro décadas, un suspiro frente al ecosistema de Garajonay que lleva varios millones de años evolucionando, pero supone más de media vida humana, escala habitual con la que percibimos y medimos el frenesí de los acontecimientos de nuestra realidad cultural, condicionada por un mundo que parece tener prisa para todo. También para que concluya este prólogo, en el que la concesión a los recuerdos sentimentales ya parece excesiva. El filtro de la burocracia, tan fría como dilatante, no admite más demoras.

Olvidamos que la esencia de Garajonay se debe más al fruto de la paciencia y perseverancia de la naturaleza, que a las prisas de la cultura actual. Una cultura sin embargo, la tradicional del pueblo gomero, que ha sabido respetar las pautas de recuperación exigidas por un ecosistema tan frágil como la laurisilva o monteverde canario. Sin esa inteligente comunión, paradigma de sostenibilidad, unas veces deseada y otras impuestas con autoridad, no habría monte ni Parque Nacional en La Gomera. No ha ocurrido lo mismo en otras islas en las que la presión antrópica, espoleada por la justificación obsesiva de crecer a cualquier precio, arrasó montes insulares tan excelsos o más que los gomeros. Una lección que por repetida, no terminamos de aprender.

Sobre la historia y fundamentos del Parque Nacional de Garajonay ya existe prolija y documentada bibliografía. Ángel Fernández, ingeniero forestal y actual Director del Parque, conjuntamente con el biólogo Juan Manuel Moreno, así lo acreditan en su bello y excelente libro: "P. N. de Garajonay. La selva de Canarias". En su prólogo, Isidoro Sánchez, promotor y primer Director del Parque, repasa de forma ágil y brillante la génesis y principales actores implicados en esa magnífica realidad que es hoy el Parque Nacional, declarado como tal el 15 de abril de 1981 y apenas cinco años después, el 25 de noviembre de 1986, elevado al mérito de primer Bien Natural del Patrimonio de La Humanidad en España.

Ambas son fechas grandes para la historia gomera, tal como reconoce Ramón Jerez, a la sazón Presidente del Patronato, en el prólogo del libro "P. N. de

Garajonay. Patrimonio Mundial”, realizado con motivo del segundo de los eventos referidos y editado conjuntamente por el Servicio de Publicaciones del ICONA y el Cabildo Insular de La Gomera, en 1990. Como responsable de su edición no me corresponde atribuirle méritos, pero sí me atrevo a decir como coautor entre un nutrido grupo de compañeros, que el libro cumplió su objetivo, que no fue otro que el de recopilar y divulgar la “natura y cultura” del Parque Nacional y, en un sentido más amplio, de la isla de La Gomera. También debo reconocer que en muchos aspectos el libro, reeditado y de nuevo prácticamente agotado, ha envejecido y en ciertos aspectos se ha quedado obsoleto.

Veinticinco años no es mucho tiempo, pero sí el suficiente para envejecer muchos datos, máxime cuando durante esos 25 años se ha llevado a cabo una activa gestión de conservación, habiendo mejorado mucho la naturaleza e infraestructuras relacionadas con el Parque. Durante ese periodo, sin prisas pero sin pausas, no se ha dejado de actuar de forma permanente en todos los frentes que conlleva la gestión de un Espacio Natural Protegido, que por su situación, características y significado no puede ni debe aislarse del entorno sociocultural en que se asienta.

Ha sido una labor callada en la mayoría de los casos, pero que ha deparado excelentes frutos en campos variados de la investigación o de la restauración y conservación de los ecosistemas afectados, fortaleciendo las sinergias naturales del Parque con las inquietudes culturales del pueblo gomero, cuya realidad socioeconómica es hoy muy diferente a la de antaño. Los cambios han sido tan sustanciales que justifican la decisión del Patronato para, convencido de la necesidad de mantener un texto actualizado y riguroso sobre el panorama general del Parque, optar más que por la reedición del antiguo, por la confección del nuevo libro que ahora me satisface prologar.

Satisfacción argumentada por distintos motivos: primero porque hemos “enterrado” con dignidad el antiguo libro, después de haber desempeñado durante dos décadas un notable protagonismo en la bibliografía del Parque; segundo porque asistimos al nacimiento de otro nuevo coordinado por su competente Director, para el que auguro como mínimo similar periodo de éxito.

Durante estos últimos veinte años, Ángel Fernández, conjuntamente con Antonio Zamorano, han codirigido sabiamente los destinos del Espacio Natural que nos ocupa. Ambos han crecido y madurado profesionalmente junto con el Parque y lo han hecho con total entrega y discreción, convirtiendo sus éxitos en los de todo el pueblo gomero. Satisface valorar la evolución positiva de la naturaleza del Parque durante este periodo, pero no es menor el sentimiento de regocijo que despierta el comprobar que esa mejora sustancial la ha experimentado también el conjunto de la sociedad gomera.

Nada voy a decir de los nuevos contenidos del libro. La circunstancia de ser coautor me cohibe y condiciona. Sí quiero terminar reivindicando, tal como se ha venido haciendo durante los últimos plenos del Patronato, comprensión y

generosidad para incorporar al Parque Nacional el dominio forestal del macizo de Inchereda. Razones históricas, biológicas y paisajísticas acreditan tal pretensión. Más ahora cuando la nueva *Ley 5 / 2007 de la Red de Parques Nacionales* otorga más argumentos técnicos y políticos. Esta es una asignatura pendiente desde los orígenes del Parque, en la que no ha puesto todo su empeño la Administración Canaria. Duele reconocerlo, pero ha sido así; lo sabe la Consejería de Política Territorial y también el Cabildo Insular de La Gomera, cuyo presidente Casimiro Curbelo, durante los actos institucionales del XXV Aniversario del Parque, se comprometió públicamente a gestionar e incorporar la masa forestal de Inchereda a su dominio. Recientemente ha sido refrendado como Presidente por una amplia mayoría de su pueblo, lo que debe animarle a culminar su propósito. Sin duda sería un gran mérito, tanto para él personalmente como para la Corporación que preside.

No puedo terminar sin expresar mi sincera gratitud al Director del Parque, que me brindó la oportunidad de escribir estas líneas, por las que ha debido esperar más de lo razonable. Hago extensivo mi reconocimiento a los miembros del Patronato, en particular a su Presidente Miguel Ángel Morcuende, que nos representa a todos y distingue con su afecto. Por último, mis mejores recuerdos para todos los compañeros de los sucesivos Patronatos, con quienes he compartido ratos inolvidables, discrepando a veces, sintonizando otras, pero siempre desde el más estricto respeto mutuo.

Pedro L. Pérez de Paz

Catedrático de Botánica

Miembro del Patronato del P.N. de Garajonay
en representación de la Universidad de La Laguna